Quién eres?

Preguntaron los peces al verlo adormilado sobre su barca vacilante.

Soy un peregrino que surca el océano y se entretiene observando las maravillas en las olas y los paisajes del sueño marino, que hace el coro y se sonríe escuchando a las sirenas en su canto embrujador y pinta de oro y plata el arco que describen los delfines que dan saltos sobre el agua, a veces, tan sólo para mirarme.

Y a dónde vas, peregrino de los mares, navegante de los sueños, jinete de las olas... en barca tan pequeña que apenas se divisa desde el horizonte?

Preguntaba un pececillo, sonriente y triunfante, creyendo ser más ocurrente, queriendo saber más para contarle a todos los curiosos que burlábanse de lo frágil de la barca.

Voy a todos los lugares, más en ninguno he de quedarme.

Cómo es eso navegante? Insistían las gaviotas que sumaban su aleteo al viento sobre las olas, motor de su nave, empuje de su suerte, impulso de su hambre.

No podría contestarte, pues destino ya no busco, ni sonidos, ni recuerdos, ni semblante.

Y de dónde vienes? Pues eres hombre de tierra y lejos de playas y montañas verdes aquí podrías ahogarte!! Balbuceaba una tortuga que sabía de otras tierras, otras aguas y de arenas de ardor, calor y sangre.

Queréis oír mi historia, pececillos y aves curiosas?, pues pedidle a la ballena que me traiga su sombra y con el eco de su cuerpo cubierto, benéfica paz de oscuridad menguante, os contaré mis pasos, uno a uno, salto a salto, caída y surgimiento, sonrisa, calma y duda, paz, estruendos y lamentos, voces, imágenes y pieles. Cantos, llantos y compases. Música de mi alma que renace y silencio de un espíritu desafiante.

Se hizo la calma en todos los mares y sus seres expectantes se sentaron a su lado inquisidores, alegres, divertidos, burlones y anhelantes. Mientras unos lo miraban con decoro, otros con lástima o con curiosidad creciente y ojos desorbitados de pupilas ululantes.

Comenzará ya mi relato, sin pausa y sin demora, decía así a su público marino, cada vez más curioso, cada vez más inquietante.

- Un día el creador, me regaló esta barca... e inicié mi viaje sin saber de destinos ciertos, de lugares conocidos, de desafíos viejos o aventuras llameantes. Un Simbad sin cuentos ni historias, un Crusoe sin compañía ni esperanza de llegar a alguna parte.

En mi viaje conocí miles de gentes, amé la tierra, las vides y las carnes. Viví en palacios de oro y piedras preciosas, tuve a la fortuna como amante. Más en una choza de madera, sólo con juncos y amarres de totora, encontré tantas auroras como las que vi entre los volcanes que vinieron a buscarme. Amé con el amor más desbordante, entregué de mi cosecha hasta la última fruta y alimenté mis desvaríos con versos y mensajes. Desafié a guerreros imponentes, sume luchas y refriegas que me volvieron modesto en la victoria y triunfante en la derrota. Aprendí de los mejores, practiqué con soñadores, escribí fábulas y cuentos y derramé mis letras sobre páginas olvidables. Decidí abocarme a las tareas más audaces, recorrí caminos incesantes, subí montañas amortajadas y bajé a valles de ira roja y de hielos reconfortantes. Fueron tantas mis idas y venidas, que mi palacio más brillante se apagó sin yo notarlo, los brillos menguaron, las paredes corroídas cayeron, los cimientos horadados por las dudas y distancias se fundieron en la arena que consumió violento mi castillo y me vi errante en busca de mi barca para hacerme de nuevo al mar y seguir mi viaje. Ya sin éxitos, ya sin dolores, ya sin más posesiones que un ato de recuerdos y semillas por lanzarse. Y he aquí que la sorpresa me llevó a nueva casa, con tres soles que iluminaban mi mirada sin cegarla, sonrientes y danzantes. Viví las maravilladas renovadas nuevamente. Sumé recuerdos y tareas por ganarse. Dejé mi corazón en cada dicho, en cada frase, desnudé una vez más mi alma y liberé de sus cadenas a las aves atrapadas en jaulas de oro, de hierro y de hilos de cobijas que jamás llegaron a abrigo. Agradecí por sus regalos al Universo, miré al cielo para descubrir estrellas que un día me dijeron que también el camino podrían alumbrarme. Sin mirar atrás deposité mi ofrenda a los dioses de mi pasado, a las estelas de sus pasos dediqué miles de poemas y celebré cada momento depositado en los torrentes de mi sangre. Ah! Amigos míos... cuanto gozo respiraba de vivido lo vivido manteniéndolo más vivo para que por siempre siguiera alimentándome. Me habló entonces el creador, desde mi centro mismo brotaron sus palabras y llenaron de nuevo mi aire para respirar desde el mar más profundo hasta la cima más rutilante. Comprendí que ante la noche, las estrellas circundaban cielos tan ocultos que los mares se fundían con ellos en abrazos infinitos, interminables. Decidí entonces mi camino, sin saber de sus señas ni finales,

sólo con la esperanza de montar las olas que elevaran mi barca hasta navegar entre las estrellas y encontrar las hadas que días antes me invitaban a compartir las cenas celestiales. Sólo el amanecer sombrío me devolvería a la barca nuevamente, para continuar el viaje que no va a ninguna parte. Sin saber si hallaré playas, sin banquetes ni manjares más que la savia marina y su azul alucinante. Mi viaje solitario no conoce de destinos ni fronteras, pero mi barca flotará por siempre hasta que el creador decida acompañarme. Sólo entonces sabré si el camino fue el correcto, si conseguí recuerdos vivos y sembré pasados buenos. Sólo entonces, amigos míos, lo sabré. Sabré a donde vuestras aguas habrán de llevarme.

Y si topas nuevas tierras, navegante? Si tu barca encuentra playas, islas nuevas, otras gentes? Hogueras bienvenideras, cenas y fiestas.... Qué has de hacer... continuarás aun así tu viaje?

Pues no lo sé, pececillo curioso. Lo sabré cuando llegue. Nunca antes. Pues mis sueños ya no sueñan, sólo miran el paisaje. Y si la Amada de mis sueños, se encuentra sólo entre mis sueños, deberé seguir soñando para disfrutar su compañía vigorizante. No sabré encontrar caminos, pues no los busco; no sabré de nuevos destinos, pues ya no los construyo. Por ahora solo estoy y sólo encuentro paz en mi barca vacilante. Allí donde construí este lecho para descansar de mis pesares, celebrar mis victorias y pacificar mis derrotas, aprender de mis errores y reflexionar por mis aciertos. Allí donde ya descubrí que se puede vivir y dormir tranquilo... allí donde se edifica, sin quererlo y sin saberlo, un paso más hacia nuevos destinos. Pues comenzar de nuevo será siempre y renunciar a todo será nunca.

Y si ya no te mantiene la barca, si se hunde al infinito y en el fondo de los mares pero aún debes continuar tu historia? Que harás? Qué dirás? Que lenguaje usarás?

Sólo la lengua de los mortales para contar la historia de un solitario navegante que un día zarpó para aprender a soñar sueños y construyó realidades. Que ganó y perdió fortunas tanto como ganó y forjó soledades, que buscó sabiduría en los trigales, que enseñó a cantar a algunas aves. Que aprendió a volar y cayó desde lo alto hacia abismos insondables. Les contaré mi historia... también ellos, quizás, quieran escucharme.

Buen viaje ... navegante. Que encuentres aun así no busques, que llegues.. aun así no tengas ruta, que vivas aun así no tengas muerte.

Poco a poco se fueron retirando, las aves hacia el cielo, los peces al fondo de los mares... todos reflexionando mientras observaban una barca muy pequeña que ya muy lejos aún flotaba, destiñéndose lentamente entre el

horizonte y las estrellas, sumando sus colores a la alborada de los tiempos, los colores que un día la aurora dibujara entre los pliegues de su piel, la que aún cubría su pecho.

Fin